

TEOLOGÍA

Luciano SANDRIN, *La mirada del perdón*, Mensajero, Bilbao 2023, 262 pp.

Luciano Sandrin es un sacerdote Camilo italiano, que cuenta ya con varias publicaciones en español sobre temas relativos a la resiliencia (tema que también trata brevemente en este libro), la pastoral de la salud, la envidia y el duelo. El prólogo de esta obra es de José Carlos Bermejo y en él nos centra en el tema del perdón, considerándolo de entrada como un regalo que se nos hace y que nosotros podemos hacer. El libro, dice, trata “sobre la salud del corazón o sobre la curación de las heridas que las personas nos generamos entre nosotros” (p. 9).

En la introducción, Luciano Sandrin nos informa de que el tema del perdón ha sido muy estudiado desde la filosofía, la moral y la teología; sin embargo, tradicionalmente este tema no se ha abordado desde el campo de la psicología, a pesar de que la psicología puede decir mucho

acerca del perdón. Afortunadamente, en el momento actual se está cubriendo esta laguna, si bien advierte: “La *psicología* puede ser útil para comprender la complejidad del perdón y de la reconciliación, para ayudar a resolver conflictos y prevenir situaciones que nos hacen sufrir de un modo particular. Pero el perdón y la reconciliación también tienen que ver con los valores de referencia, con nuestra espiritualidad y con nuestras creencias religiosas, con nuestra *teología*. La gracia de Dios escapa a la observación y al control de la psicología, y a sus leyes, pero no por ello es menos real” (p. 17).

La razón de este título la explica también en la introducción, al indicar que se ha inspirado en el pasaje de Lc 22,61: “El Señor se volvió y fijó su mirada en Pedro”. Se trata de una mirada de perdón, precisamente tras la tercera negación.

Siguiendo la imagen de la mirada, el libro pretende ayudarnos a mirar con realismo, para hacernos conscientes del costoso camino del perdón. Recuerda un texto muy referencial del Papa Benedicto XVI: “El perdón debe ser algo más que ignorar, que tratar de olvidar. La ofensa tiene que ser subsanada, reparada y, así, superada. El perdón cuesta algo, ante todo al que perdona: tiene que superar en su interior el daño recibido, debe como cauterizarlo dentro de sí, y con ello renovarse a sí mismo” (p. 27). Es decir, nos recuerda nuestros límites, a los que nos debemos enfrentar. Y, en virtud de este realismo, clarifica lo que realmente es perdón, que no es olvidar, ni negar, ni pensar que depende solo de la voluntad, ni renunciar a los propios derechos... Por esto mismo, nos recuerda que perdonar exige tiempo; entre otras cosas, porque implica una auténtica conversión psicológica y espiritual. Incluso el perdón a las personas queridas, tema al que dedica un capítulo, porque “la naturaleza del *apego* afectivo que nos liga a las *personas queridas* nos hace sentir las ofensas como más graves y más dolorosas”. Este tema lo especifica aún más en el capítulo que dedica al perdón en el seno de la pareja.

Reconoce que una de las modalidades del perdón que hoy se estudia de un modo específico es *el perdón a sí mismo*, dedicando a este tema uno de los capítulos más extensos.

Es uno de los temas más complejos porque si la subjetividad siempre anda por medio, en este caso lo está de un modo especial, ya que “en el perdón de uno mismo las ofensas que hay que perdonar no son únicamente las realmente cometidas, sino también las que afectan a los pensamientos, a los sentimientos y a los deseos experimentados, pero no expresados o removidos de manera inconsciente, que provocan sentimientos de culpa o de vergüenza no siempre conectados con acciones cometidas realmente y con la realidad de los hechos” (p. 101). Este aspecto, por otra parte, se muestra especialmente abierto a recibir y aceptar el perdón de Dios.

Además de este capítulo, resalto algún otro que me ha parecido especialmente destacable, en el conjunto de los 22 capítulos de que consta el libro. Por ejemplo, el número 11, con el título *Perdonar a Dios*. Se plantea como una problemática concreta, ligada muchas veces a situaciones en las que resulta complicado explicar el porqué de ciertas experiencias dolorosas difíciles de soportar. Se resume en la pregunta “¿Cómo es posible que un Dios de misericordia pueda permitir esto?”. Se puede vivir esta situación y a la vez seguir amando a Dios, aunque la mera pregunta produzca mucho sufrimiento.

Destaco también el capítulo número 14, titulado *La reconciliación*

entre grupos, en el que aborda un tema especialmente acuciante en estos tiempos: los conflictos entre grupos, bandos, pueblos... Reconoce que aquí es especialmente difícil dar el paso hacia el perdón y recorrer el camino que la reconciliación conlleva.

Finalmente, me detengo, por su novedad, en el capítulo 15, *La terapia narrativa*. Se refiere concretamente al modo de construir nuestra identidad personal, que se define “como un conjunto de ideas, de atribuciones y de recuerdos que nos afectan (así como de las emociones que producen), que estructuran una imagen coherente de nosotros mismos y la convicción de ser únicos e irrepetibles, incluso en medio de

la variación de las situaciones y del discurrir del tiempo” (p. 155). Este sentimiento de identidad personal es un esquema de referencia, continuamente revisado y corregido que realizamos con el fin de garantizar-nos equilibrio, valor, salud y bienestar.

A lo largo del todo el libro aparece una única foto, la del famoso cuadro de *El regreso del hijo pródigo*, de Rembrandt, como imagen en la que se centra para hablar de la alegría del perdón. La referencia al no menos famoso libro de Henri Nouwen sirve de inicio para este capítulo, breve, pero muy significativo en el conjunto de la obra.

Esteban de Vega

BIBLIA

Toni CABRERA OLMEDO, *Un camino de ida y vuelta. Lectura espiritual del libro de Tobías*, PPC, Madrid 2025, 255 pp.

Toni Cabrera presenta en este libro la historia de Tobías. Pero, por medio de esta historia, nos invita a acercarnos a uno de los misterios de nuestra fe, que tiene que ver con la cooperación del hombre en el plan de salvación de Dios. Nos presenta una obra estructurada en dieciséis capítulos, sin seguir para ello ningún criterio técnico o analítico. “Cada capítulo de este libro es una meditación que abarca una parte del texto y de la que se desea extraer alguna orientación para pro-

gresar en nuestra propia santidad” (7-8). Y a la vez, cada capítulo está dividido en cuatro o cinco epígrafes que titula de formas diversas: círculos, estaciones, escenas, paradas, detalles, miradas...

La obra va dirigida a todo creyente que quiere profundizar en la vida cristiana, en el recorrido espiritual, en la relación con Dios y el descubrimiento de su presencia, en el discernimiento de su llamada. Esto vale para todo creyente, aun-

que hay partes del libro que dirige muy especialmente a los religiosos, por eso habla en varias ocasiones de los consejos evangélicos, de la vida comunitaria, de la necesidad de asumir que el religioso hace el compromiso público de ser testigos ante toda la Iglesia...

La imagen del camino se propone desde el principio del libro, como un recorrido que nos transformará; si bien, es cierto que en el texto no aparece el camino como tal casi hasta la mitad del recorrido, cuando el libro se centra en la figura de Tobías y en el camino que ha de recorrer, en obediencia al mandato de su padre Tobit. Hasta entonces, es Tobit el personaje central del relato, en paralelo a lo que nos narra el libro bíblico de Tobías. De hecho, parece ser Tobit el personaje más referencial a lo largo de toda la obra, más que el propio Tobías.

Las primeras páginas sitúan muy bien al lector ante lo que se va a encontrar y le disponen en una clave de lectura que pretende ser muy existencial. Una palabra fundamental es la palabra "identidad", algo que se va a ir consolidando a lo largo del libro, pero que se remarca de un modo muy especial en el primer capítulo. Se presenta la genealogía de Tobit, algo que es muy poco frecuente en la cultura occidental, pero que es muy habitual en la cultura judía. Se nos informa de algo llamativo: en el pueblo judío, para

decir la edad de una persona, se utiliza la expresión "hace tantos años que soy hijo". Ahí radica lo fundamental de la identidad de una persona: ser hijo; y ahí se encuentra lo nuclear de la identidad del creyente: la filiación divina. Descubrirse como ser vivo es descubrirse como hijo, portador de un amor muy especial, y, por tanto, profundamente agradecido.

Y así, capítulo a capítulo, se ofrecen comentarios muy sabrosos a partir del relato del libro de Tobías. No son comentarios muy elaborados ni artificiosos, sino que rezuman sencillez y profundidad, y comunican una sólida experiencia espiritual que entronca con la experiencia humana: la necesidad del perdón, la gratuidad, la presencia del conflicto, la desconfianza, la maledicencia, la incapacidad de encajar las críticas, la ceguera física y espiritual, la reconciliación, la familia, el hogar, la experiencia de necesitar acompañamiento y amistad... Toni Cabrera expresa varias veces a lo largo del libro su modo concreto de abordar el comentario de los textos. Dice, por ejemplo: "Renunciaremos a explorar el texto en toda su profundidad, pero nos fijaremos en aquellos aspectos que podemos trasladar a nuestra propia experiencia espiritual y vocacional" (130).

Se establecen constantemente puentes con otros libros de la Biblia, tanto del Antiguo como del

Nuevo Testamento: San Pablo, los evangelios, los profetas... Pero sobre todo se establecen relaciones con el libro de los salmos, por la profunda experiencia de fe y de relación que comunica el libro de Tobías, en consonancia con muchos salmos, y con el libro de Job, con el que las similitudes son a veces notables, incluida la ciudad de Nínive, en la que ocurren muchos de los acontecimientos que se narran.

Toni Cabrera es consciente de que, en ocasiones, expresa un mensaje que, dada la cultura actual, puede parecer anacrónico. Pero se niega a dejarse encorsetar por lo políticamente correcto. Por eso dice, por ejemplo: “Hoy estamos asistiendo a una dinámica que me parece muy perniciosa y que tiene mucho, mucho peligro en varios niveles. Se trata del mundo de la opinión y del respeto que se exige por ella. El postulado general hoy es *todo vale*, y lo que yo pienso y lo que yo creo es igual de válido que lo que piense y crea cualquier otro. Pues bien, a riesgo de parecer un fundamenta-

lista, creo que eso no es así. No me refiero, evidentemente, a una opinión acerca de cosas superfluas o de poca trascendencia, ni a cuestiones de gustos en el ámbito que sea. Me refiero a lo fundamental, a lo que atañe al ser íntimo de las personas, a su vida y a la trascendencia. No todo vale” (III).

Late en todo el libro una insistencia grande en el cuidado de la vida espiritual: la oración, la actitud de profunda obediencia al Padre, el discernimiento, la oración... Hay párrafos que revelan no solo un conocimiento intelectual amplio, sino una experiencia de vida espiritual profunda. Sirva esta cita final como botón de muestra: “En verdad que la vida de oración nos revela este misterio: Dios es Dios siempre, y siempre es misericordia y gracia, aunque uno venga del fracaso, pues no es el mérito del orante lo que hace buena la oración, sino el amor del Padre, siempre dispuesto a escuchar, acoger, acompañar, sanar” (143).

Esteban de Vega

IGLESIA

Francesco COMINA, *La espada y la cruz. Historias de católicos que se opusieron a Hitler*, San Pablo, Madrid 2025, 207 pp.

Francesco Comina es periodista y escritor, muy interesado en la no violencia y los derechos humanos, miembro de la organización *Pax Christi*. Ya ha-

bía publicado previamente ensayos sobre algunas de las personas que aparecen en este libro, además de una obra sobre monseñor Romero.

Dos citas ayudan a entender muy bien lo que es esta obra: una de la introducción y otra de la conclusión. En la introducción, Francesco Comina nos dice, por situarnos en el sentido de la obra: “Este libro no pretende presentarse a los lectores como un ensayo histórico -no tendría yo suficiente competencia-, sino como una narración, a medio camino entre el reportaje periodístico y el relato en memoria de algunas vidas emblemáticas de católicos que tuvieron el coraje de decir *¡no!* Al nazismo y pagaron con su vida la lealtad a su propia conciencia” (18).

Desde ahí, entendemos que se trata de una obra sencilla, sin grandes pretensiones; sin embargo, es necesario reconocer que, pese a la humildad que reflejan estas palabras, nos encontramos ante un libro sólido, que ha requerido una considerable investigación por parte del autor, y que equilibra muy bien la amenidad y el encanto con el rigor informativo y la fidelidad a la historia.

En la segunda cita, la que extraigo de la conclusión, nos dice el autor: “Creo que la palabra clave que el lector habrá adivinado es una: *conciencia*. Es decir, la fidelidad a la vida, a la libertad, a la ética que late en lo más profundo de todos esos individuos que, en un momento determinado, ante la aparición del mal radical, deciden seguir el cami-

no del bien y de la justicia hasta el punto de poner en riesgo su propia vida por la dignidad y el derecho. Porque la gente buena existe, incluso en las situaciones más extremas, de emergencia, donde se abre el abismo del mal absoluto” (187).

Además de tener en común el rechazo de la violencia y la oposición al nazismo, todas estas personas se manifiestan como católicos convencidos. De hecho, de formas diversas, su fe en Cristo y su pertenencia a la Iglesia tiene mucho que ver en su modo de vivir y de oponerse al mal radical y a la injusticia del nazismo. Son varios de ellos los que son ya beatos (Metzger, Josef Mayr-Nusser y Franz Jägerstätter), y otros se encuentran actualmente en proceso de beatificación. De todas las personas que aquí se presentan, quizá es Franz Jägerstätter el más conocido, porque su vida ha sido llevada al cine y por haber sido quizá el más citado en muchos lugares como profeta de la no violencia y la objeción de conciencia.

Cada una de las biografías presenta un esquema similar, si bien la extensión de cada una de ellas es muy diversa. En algunos casos, son muchas las citas que aparecen, de creación del propio autor: sean cartas o sean reflexiones que se han recogido; otras veces, son citas que otras personas han escrito sobre ellos.

Destacan algunas de las biografías, como por ejemplo la de la religiosa Angela Autsch, que titula “Dos grandes alas en el infierno de Auschwitz”. En este capítulo, Francesco Comina narra su actividad en el campo de concentración, al servicio de los que se encontraban peor, juzgándose la propia vida. Esta mujer no murió ejecutada, como todas las demás personas que aparecen en este libro, sino alcanzada por una bomba de los aliados, cuando ejercía de enfermera en el campo de concentración. Está actualmente también en proceso de beatificación.

También me ha parecido muy especial el capítulo dedicado al Círculo Klingenberg, un grupo similar al de la Rosa Blanca, mucho más conocido. Este grupo, el del Círculo Klingenberg, estaba formado por meno-

res de edad, lo cual les libró de ser ejecutados, excepto el joven Walter Klingenberg, que fue ejecutado con 19 años, del que es muy probable que también se inicie su proceso de beatificación.

Son sorprendentes muchos de los escritos de estas personas, especialmente los que envían a sus familias en los momentos finales de su vida, cuando intentan tranquilizarles y afrontar la muerte, llenos de sentido y de valor, con una esperanza inmensa.

Todo esto hace que este libro se convierta en una obra muy digna, para conocer mucho mejor un capítulo del nazismo que es realmente desconocido para el público en general.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

Giuseppe FORLAI, *Elogio de la soledad, el silencio y la escucha. Como un niño en brazos de su madre, Sígueme, Salamanca 2025, 172 pp.*

Giuseppe Forlai, sacerdote italiano, es doctor en teología y actualmente ejerce su ministerio como director espiritual del Pontificio Seminario Mayor de Roma. Ya cuenta con varios libros traducidos al castellano. Y en este libro, concretamente, desea introducirnos en el camino de la soledad, el silencio y la escucha, convencido de que el camino que estas realidades señala apunta a

una vocación muy concreta para determinadas personas, que dedican su vida al Señor de modo preferencial, en la vida contemplativa; pero que, a la vez, es un camino por el que todo cristiano debe adentrarse para que realmente Dios sea el centro de la existencia y a partir de él se viva de un modo unificado que, se expresa en el amor a Dios y a los semejantes.

El libro comienza con unas preciosas palabras motivadoras, en las que deja claro que pretende ir más a la vida que a la teoría: “Querido lector: El libro que tienes entre tus manos tan solo pretende ser un comentario a las palabras del salmista: *Permanece en silencio ante el Señor y espera en él* (Sal 36, 7). Su intención, sin embargo, apenas tiene que ver con el conocimiento teórico, sino más bien con prestar una ayuda para vivir con profundidad el seguimiento del Señor en la vida cotidiana” (11).

Quien se decida a leer este libro tiene que tomar conciencia de que Giuseppe Forlai no va a andar con medias tintas. Como Teresa de Jesús, Forlai pedirá una *determinada determinación* en quien quiera adentrarse por el camino de estas tres dimensiones. La oración entendida como relación con Dios, que tiene en la soledad una de sus condiciones fundamentales, para vivirla tanto en sentido individual como comunitario. Por eso dice: “Una comunidad sin soledad es un sucedáneo, y una soledad sin comunidad es solipsismo patológico. La una está al servicio de la otra, la cuida y la purifica. Así, el solitario recuerda la única Fuente de la comunión, mientras que quien vive en comunidad la recuerda al solitario que nadie se salva solo” (17).

El referente fundamental a lo largo del libro es San Romualdo, al que

cita con profusión y de quien tanto confiesa haber aprendido. Este santo, del Siglo XI, Padre de los Camaldulenses, es leído en este momento como un maestro de espiritualidad para nuestro tiempo. No es un libro sobre la espiritualidad camaldulense, sino sobre el estilo que cualquier persona que quiere profundizar en la vida espiritual debe vivir, para poner al Señor en el centro de la existencia. Y, en este camino, resultan básicas determinadas opciones que hoy no cuentan con una gran estima social, pero que nos llevan al centro de lo que somos: la humildad, el anonimato, lo escondido, la huida de la notoriedad, el desapego, la superación de todas las apetencias mundanas... Profundiza en estos conceptos, con ejemplos e imágenes muy clarificadoras. Dice, por ejemplo: “Cuando uno no tiene a nadie cerca, se acaba el espectáculo, se apagan las luces y cae el telón. Sin público, la babel del corazón se queda sin escenario. Tal vez sea por esto por lo que mucha gente no sabe estar sola, sentada en silencio en su habitación” (57). Se nota que Giuseppe Forlai sabe de qué habla. No son teorías lo que comunica, sino pura experiencia de vida espiritual.

Cada uno de los capítulos tiene por título un verbo que invita a la acción, aunque esta acción suponga, precisamente, la capacidad de pausarse. Los títulos son: *Detenerse, Vi-*

gilar, Escuchar, Permanecer, Desear y Perder. En cada uno de estos capítulos se refiere a las experiencias vitales en las que es necesario profundizar. La humildad, de una u otra forma, está muy presente en todos ellos. Pero también la capacidad de entrega, de salir de sí, de amar... Es sorprendente cómo los dos últimos capítulos, *Desear* y *Perder*, tienen un tono distinto, en el que ya no es tanto la voluntad de la persona, tan necesaria en los primeros capítulos, la que debe desarrollarse, sino la capacidad de vaciarse, de confiar, de descontrolar... para dejar que el Espíritu sea el que actúe. Esta capacidad de acoger y de ser receptivo está presente en todo el recorrido que señala, porque nuestra capacidad humana llega hasta dónde llega; sin apertura al amor de Dios, no podemos salir de la autorreferencialidad y del deseo de perfección humana, que no tiene nada que ver con la llamada que Dios nos hace a ser sus hijos. “*El segundo requisito para una soledad y una escucha sanas* es sentirnos valiosos sin necesidad de aplausos ni de aferrarnos a las pequeñas virtudes que tengamos; nos ha de bastar con estar contentos por el mero hecho de que el Padre nos ama. No somos el producto de nuestros éxitos, y menos aún de nuestros fracasos. [...] En otras palabras, la soledad cristiana es hija del saberse *hijo de Dios*” (66). Y esto se expresa de forma muy especial en los últimos capítulos. El propio autor es consciente de que las etapas

que en ellos se señalan son de más difícil explicación y vivencia. Sencillamente, no se pueden programar: llegan y en ellos uno, libre de amarras, se suelta y se pierde. Por eso, Giuseppe Forlai asegura que Dios no nos pide tanto *ser buenos* cuanto *ser pobres*. Ser bueno supone una conciencia de bondad y de perfección, algo que no se requiere para ser pobre, que sencillamente tiene que entrar en un camino de despojamiento, pérdida y confianza. Algo fácil de decir, pero muy difícil de vivir.

Además de la referencia fundamental a San Romualdo, Giuseppe Forlai cita a otros muchos maestros espirituales: padres del desierto, monjes, eremitas, como Evagrio Póntico, San Pedro Damiano, San Juan Casiano, San Nil Sorskij, San Juan Clímaco, Doroteo de Gaza, Gregorio Magno, beato Pablo Justiniani, Antonio el Grande, Guillermo de Saint Thierry... Por encima de todos estos, destacan, junto a San Romualdo, las referencias a San Benito y San Juan de la Cruz.

Al final del libro, Fabio Rosini escribe un bello epílogo en el que pretende decirnos cómo sacar provecho de lo que hemos leído. Relaciona en estas pocas páginas el contenido del libro, aparentemente tan centrado en cada individuo y en su vivencia particular de la soledad, el silencio y la escucha, con la vida y la misión de la Iglesia, que sin esas dimensio-

nes no puede ser fecunda. Todo está conectado, y sin contemplación la acción no tiene profundidad. Por eso dice: “Sin la *stabilitas* no es posible la *peregrinatio*, sin la vigilancia no es posible la acogida de la gracia, sin la escucha no es posible el arraigo de la Palabra en el corazón, sin la perseverancia no es posible el

crecimiento, sin alimentar el deseo no es posible la magnanimidad, sin el desprendimiento no es posible el discernimiento Solo estos son ya motivos más que suficientes para leer este libro” (163).

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

Ana CARRASCO CONDE, *La muerte en común. Sobre la dimensión intersubjetiva del morir*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2024, 388 pp.

Esta ambiciosa obra cuenta con el II Premio de Ensayo Eugenio Triás. Obra ambiciosa realmente, por el enorme trabajo que supone esta inmersión en el mundo de la muerte, a través de la filosofía, la poesía y la música, fundamentalmente, y con el deseo de ayudar a “comprender lo que solo se puede aceptar”, tal y como Ana Carrasco-Conde señala en el prólogo. Es un intento de comprensión ajeno al mundo religioso, aunque sin negarse en ningún momento a poder aceptar lo que en él se propone.

Tal y como señala en el título, esta obra desea afrontar la dimensión de la muerte no solo desde la soledad, sino desde la comunidad, porque parte de una convicción: somos seres intersubjetivos. Esta pretensión queda palpable especialmente en el prólogo, la introducción y la última parte del libro. En este planteamiento de la

intersubjetividad, sigue especialmente al filósofo Lévinas, a quien cita con frecuencia: “el otro está dentro de mí porque ontológicamente me conforma” (243); y también desde un pensamiento tan sencillo y radical como “nacemos comenzados”. Pero, además de su admiración por Lévinas, a quien en ocasiones contrapone con Heidegger, su intención de profundizar en la dimensión comunitaria del morir parte de la pura observación de la realidad. Considera Ana Carrasco-Conde que en este momento la muerte es invisibilizada comunitariamente, reduciéndose a algo privado. Por eso la autora desea volver a entretejer un tejido que ha sido rasgado con la muerte, para que ocurra de esta forma como ocurría en otras épocas, en las que lo comunitario formaba parte del proceso de la aceptación de la muerte y del duelo que conllevaba. De ahí la valoración de los

rituales que ayudaron a entender y a reconstruir la dimensión social que la muerte produce.

En la última frase de la introducción del libro juega con las palabras del título, haciendo una síntesis maestra del contenido y del objetivo que persigue: “La *muerte* es una pérdida que deja un vacío *en* nosotros y una ausencia de lo *común*” (46).

Las tres partes de la obra son muy diferentes, en función del contenido de cada una de ellas. La mayor parte del libro ofrece un contenido altamente erudito, intentando lograr un tono amable, hasta poético, pues una de sus pretensiones es el intento de establecer una relación entre poesía y filosofía. Pero, aunque pretenda este tono sencillo y amable, la multitud de citas, las amplísimas referencias a autores de todas las épocas, pero muy especialmente a los clásicos griegos y romanos, la alusión constante a análisis filológicos, a estudios comparados de textos... hace que la parte central del libro sea de compleja y monótona lectura. Al contrario de aquellos capítulos en los que aborda de forma más específica el objetivo que se propone en el título.

Quizá la obra a la que se alude en más ocasiones es la de *La Ilíada*, concretamente a los fragmentos en los que se narra la muerte y el duelo por los fallecidos. A partir de estas referencias, se recuerda am-

pliamente, por ejemplo, a otros autores, como por ejemplo al poeta y filósofo Schiller, que se inspiró en la tragedia griega para escribir alguna de sus elegías. O también al poeta romano Catulo, que escribió una sentida elegía tras la muerte de su hermano. O al poeta alemán Hölderlin, de quien realiza un amplio comentario precisamente de sus referencias al mundo grecorromano. O a Virginia Woolf, en su obra *Las olas*. O a la poetisa Blanca Varela, en sus composiciones a la muerte de su hijo... A raíz de estos textos, Ana Carrasco-Conde se recrea y muestra su amplia cultura acerca de los ritos mortuorios: el significado de la música, de cada instrumento, de los lamentos y los gestos que se realizaban...

Respecto al mundo de la música, la autora cita instrumentos clásicos, que cumplían una función muy específica en el momento del duelo; y se adentra en el análisis de algunas composiciones musicales, como la de Nanie, de Brahms, compuesta tras la muerte de su amigo Anselm Feuerbach. O la marcha fúnebre de Mahler... Tras el recorrido por estas obras y otras semejantes, Ana Carrasco-Conde hace caer en la cuenta de que la mayoría de las composiciones en torno a la muerte están compuestas en re menor. Desde ese momento las alusiones a este tono concreto se harán muy frecuentes, como sinónimo de tristeza.

El análisis de los mitos, como el de Orfeo o Eurídice, también ocupa una parte importante del libro, ofreciendo interpretaciones de diferentes autores. A partir de estas referencias, ofrece las pistas de las que la cultura clásica se servía para aglutinar en la comunidad, ayudar en el duelo, restituir, por más que el dolor pueda parecer infinito e inconsolable. Reconoce que la filosofía puede ayudar con sus razonamientos y propuestas a mitigar el dolor de la muerte; pero este dolor no se puede amputar de raíz, a pesar de que algunas escuelas, como la de los epicúreos, consideraban que el miedo y el dolor ante la muerte es totalmente innecesario y superable. A partir de estos planteamientos, ofrece este pensamiento consolador, que resume muchas de las páginas anteriores y posteriores: “Que la muerte no responda a nuestras razones no significa que no tenga un sentido” (140).

Pero el contenido, aunque sea el más abundante, no se centra solo en el mundo de la filosofía y la poesía, sino que también se acerca a otras ofertas culturales, como novelas o, con más profusión, películas, que abordan la realidad de la muerte: *El séptimo sello*, *21 gramos*, *Amor*, *La ladrona de libros*, *Quién conoce a Joe Black...* Y traspasa la cultura clásica y filosófica para adentrarse también en otras culturas, aunque de forma muy breve: el mundo de los indios navajos, la cultura javanesa, la indonesia...

Lo cierto es que la lectura del libro se hace muy costosa en algunas partes y resulta hasta muy repetitiva. Pero en el capítulo sexto de la tercera parte, titulado *Un corte sin tránsito*, el interés del libro crece exponencialmente. Es quizá, junto a la introducción, la parte más sociológica del libro y que responde de un modo más certero al objetivo inicial. En esta parte muestra su preocupación ante la falta de rituales de nuestra cultura, y resuenan en sus ideas páginas de *El principito*, de Saint Exupéry, o *La pérdida de los rituales*, de Byung Chul Han.

Termino con unas citas de este capítulo que son muy expresivas y clarificadoras: “Es posible que pensemos que uno de los problemas a la hora de afrontar la muerte es la ausencia de rituales en tanto en cuanto suponen un apoyo para los allegados, pero no pensamos en la necesidad de que la comunidad misma se repare de todas sus pérdidas” (298). “La comunidad ya no abre espacio y, por tanto, no abre un espacio para sí misma, no reconstruye los lazos entre sus miembros, no abraza, sino que arrastra y fuerza a estar bien al día siguiente porque está movida no por los afectos comunitarios, sino por las conexiones de la producción del segundo nivel” (305). “De este modo, con la desaparición del rito solo queda espacio para la química del dolor, porque nuestras sociedades, moldeadas por el sistema de produc-

ción, lo minimiza, lo silencia y nos adormece, nos anestesia con medicación, pero no nos ofrece un canto al cual agarrarnos para soportar el

dolor y salir del estado de rememor” (306-307).

Esteban de Vega

VARIOS

Ramón GENERE, *Historia de un piano*, Ediciones Destino, Barcelona 2024, 459 pp.

Primera novela de este amante de la música. No en vano Ramón Gener ha dedicado buena parte de su vida a la música en distintos campos: como pianista, barítono, historiador y conferenciante... Por eso se entiende que todo en el libro esté envuelto en la magia de la música, empezando por el título, siguiendo por los personajes y continuando con un sinfín de expresiones, todas italianas, referidas al mundo de la música y las composiciones musicales, en las que la vida se va describiendo o poniendo en relación con los movimientos propios del desarrollo de una composición musical. El autor ha tenido, además, la delicadeza de añadir al final un glosario en el que aparecen definidas todas las expresiones musicales que aparecen en el texto, señalando la página o páginas en las que dicho término se encuentra. En él encontramos expresiones como *a capella*, *a tempo*, *acelerando*, *acelerando rosiniانو*, *ad una corda*, *adagietto*... *basso profundo*, *brillante*, *cadenza*, *cantabile*, *capriccio*, *con amore*, *con amore catabile*... *da capo*, *da capo al fine*, *da*

capo al segno, *dal segno al coda*... *finale*, *fioritura*... Se trata de un glosario que ocupa ni más ni menos que 20 páginas.

A este torrente de expresiones merece la pena añadir, en el mismo sentido, los breves relatos que van apareciendo en la narración, referentes a biografías de compositores, o bien anécdotas históricas sobre el modo en que fueron compuestas algunas de las más célebres melodías de la historia de la música; o bien la descripción de los instrumentos musicales, de su modo de ser creados, de sus tonalidades, de sus creadores...

Es un libro que, tanto por el modo como está escrito, en paralelo a una composición musical, como por el contenido, los personajes, la combinación de períodos históricos... está envuelto en un ambiente de magia. Es una de sus características más reseñables, que le dan a la obra un encanto muy especial. Si bien, el ambiente tan sumamente nostálgico y la exageración de los rasgos

de los personajes, tan sumamente apasionados, fieles, honorables, amantes de la música... rodean al libro de una cierta artificiosidad.

Ramón Gener se recrea en imágenes preciosas, como esta: “Un hombre de cuya calva emergían cuatro pelos largos y blancos que se habían convertido en una especie de servicio público, pues cuando paseaba por las calles de la ciudad, el aire jugaba con ellos y los convertía en una perfecta veleta para que los vecinos pudieran conocer la dirección del viento” (15). O esta otra: “En la solemnidad del silencio, cerró los ojos y acarició con delicadeza el océano de ochenta y ocho notas; su insondable mar de cincuenta y dos blancas y treinta y seis negras” (42). O esta: “Sacó la sonrisa que tenía guardada en el baúl de los recuerdos, la desempolvó y se la puso. Ciertamente después de tanto tiempo sin usarla le quedaba un poco ajustada, pero tenía la corazonada de que aquella podría ser una buena ocasión para lucirla” (176-177). O, por último, esta: “Ryan sintió el viento en la cara y respiró los olores de la India. Todos. El curri, las alcantarillas, el cilantro, los excrementos de animales, el jengibre, el sudor del aire caliente, la cúrcuma, el incienso...” (210).

Ramón Gener crea un universo en el que el tiempo se ralentiza en algunos pasajes muy especiales, como cuando uno de los protago-

nistas entra en contacto por primera vez con el piano; o la espera en la estación de la madre al hijo que no volverá de la guerra; o los acontecimientos de la noche de Navidad en la zona de trincheras, durante la primera guerra mundial. En estos y en otros momentos, el autor se recrea, otorgando al texto una especie de densidad de estilo y de contenido muy fuertes.

Además del ambiente musical de toda la obra, también son muy habituales las referencias a la Biblia. Por las páginas del libro aparecen muchas citas de textos y de personajes bíblicos, un recurso más para otorgar a la vivencia de los personajes un cierto halo de atemporalidad o de sentido que permite descubrir en los avatares de la historia una profundidad mayor. Hay muchas referencias puntuales al Arca de la Alianza, a los ángeles, a Moisés, a Noé, al compañero espiritual del Eclesiastés, a la esperanza de Sara en su hijo Isaac, a la esposa de Lot... Pero, en este sentido, lo más llamativo son los breves capítulos que van apareciendo a lo largo de la historia en los que se realiza un paralelismo entre las vivencias de los personajes, o sus características, o sus aptitudes... y diferentes pasajes del libro del Génesis, recordando, incluso, el propio estilo en el que el Génesis está escrito.

En el libro se alternan distintos períodos del siglo XX y XXI, e incluso

del siglo XIX; distintos países de Europa; múltiples personajes que el hilo de la historia va uniendo en una madeja que tiene como punto central un piano; y, como personaje estrella, sin ser el protagonista de nada, pero sí quien pone el toque de magia que pudiera faltar, el afinador, personaje intemporal.

A pesar del tono apacible y poético de la obra, los dos grandes acontecimientos que centran la historia son las dos guerras mundiales. En

la descripción de las mismas y en sus consecuencias para la historia y para la vida de los personajes, se percibe la crítica radical del autor, poniendo en evidencia su irracionalidad. Algunos de los discursos, ideas y artículos de los personajes históricos que tuvieron que ver con el inicio y el desarrollo de las contiendas también aparecen en el contenido del libro.

Esteban de Vega

David FOENKINOS, *La vida feliz*, Alfaguara, Barcelona 2024, 224 pp.

David Foenkinos ya goza de un cierto reconocimiento literario en España y otros muchos países del mundo. No en vano, este escritor, dramaturgo, cineasta y músico francés, ha sido reconocido con algunos de los premios literarios más importantes de su país. Su obra ha sido publicada por las principales editoriales galas y está traducida a más de 40 idiomas. Y, tras la lectura de esta obra sencilla, aparentemente sin grandes pretensiones, el lector puede comprender fácilmente el reconocimiento mundial de David Foenkinos, autor del que podríamos decir que goza de un espíritu renacentista, dado el amplio espectro de disciplinas artísticas al que se dedica con acierto.

Muy de acuerdo con la opinión del periodista José María Plaza, que en una entrevista que realizó al autor, habla del “sello Foenkinos” dando

a entender que este sello se manifiesta en que sus obras se leen “casi sin darte cuenta, te deslizas por sus páginas como si te empujaran, son ingeniosas, tiernas, con pocas pero muy sorprendentes y acertadas imágenes y, además, siempre —entre sonrisas— te hacen reflexionar”.

Y es que en esta novela aparece de un modo diáfano lo que es la vida: lo que nos alegra y nos entristece, lo que se agradecen los gestos humanos de empatía, la incapacidad que mostramos para ser sinceros sin ser hirientes, la necesidad de reconocimiento, lo importante que es sabernos comprendidos, el peso que tiene sobre nosotros la mirada de los demás y lo fácilmente que podemos descubrir que esa mirada no debe tener ningún peso, que es una trampa... Anima, sin caer en ningún tipo de consejo o de lección moral, a valorar lo pequeño, a dar importan-

cia a las personas, a no tirar nunca la toalla en las relaciones y a volver una y otra vez, si es necesario, a buscar la reconciliación... Y todo esto porque, sencillamente, somos más felices y hacemos más felices a los demás cuando gozamos de una buena relación. Una y otra vez se observan detalles que muestran lo complicadas que podemos ser las personas, cuando no estamos bien con nosotros mismos, en ejemplos como este, que llenan las páginas del libro: “A la mañana siguiente, cuando se despertó, la casa estaba en silencio. En la mesa de la cocina descubrió una nota en la que le explicaban que habían ido los cuatro a dar un paseo por el bosque y que habían preferido dejarla dormir. Lo que no era más que un gesto de consideración, Amélie lo percibió como un rechazo. Lloró largo rato; por primera vez, las lágrimas acompañaban su angustia”.

No es hasta la mitad del libro, más o menos, cuando se entiende el porqué del título de la obra, en el momento en el que el protagonista entra, por curiosidad, en un centro muy especial. “Cuando se había estado informando sobre Samsung y las costumbres coreanas, uno de los artículos que había leído hablaba de unas ceremonias que tenían la finalidad de devolver la alegría de vivir. Happy Life era uno de esos centros que organizan falsos entierros, un auténtico fenómeno en el país. Al profundizar más tarde en

el asunto, Éric entendería el porqué de la moda. Aquel año, Corea del Sur ocupaba el cuarto puesto en la tabla de países con las tasas de suicidio más altas del mundo. Más allá de la presión constante que sufría una parte de la población, podía comprobarse un recrudecimiento particular de la tragedia entre la juventud de dieciocho a treinta y cuatro años. El miedo al futuro se volvía cada vez más agobiante, y una peligrosa sumisión al éxito lo agravaba, así como la humillación en caso de fracaso. Esta sociedad fundamentada en gran medida en las apariencias...”. La presión de la necesidad de lograr el éxito se convierte, como diría Byung Chul Han, en la peor de las esclavitudes, porque al final es la propia persona quien se la infringe a sí mismo. Es un análisis certero, conciso, en el que no insiste en el conjunto de la obra porque, tal y como ya he dicho, David Foenkinos no moraliza ni carga las tintas en tonos negativos. Sencillamente, describe y deja que el relato fluya. Esto no quita que, casi de forma imprevista, surjan planteamientos que llevan al lector a una reflexión profunda sobre su propia existencia, como, por ejemplo, cuando dice: “Se dijo que había algo muy hermoso en la idea de que mirar a los ojos a la muerte te hiciera amar aún más la vida”.

Las descripciones nos son en absoluto atosigantes. Se limita a dar breves pinceladas de los espacios,

las personas y las situaciones; pero son profundamente certeras respecto a la situación actual, que hace que el hombre viva en un cierto desasosiego: “Las nuevas generaciones parecían socavadas también por el poder de las redes sociales. Más que nunca, la humanidad se construía a partir del veneno de la comparación. La vida se vivía observando las del resto, lo que no hacía sino acentuar el más mínimo sentimiento de fracaso personal. Era casi inevitable sentirse inferior o desdichado. No lo bastante guapo, ni lo bastante rico, ni lo bastante amado, ni lo bastante feliz. Todo esto transformaba la juventud en un territorio de fragilidades”.

Y en medio de esta situación, enfrentarse a la muerte, una terapia realmente sorprendente, hasta incomprensible en las primeras ocasiones, se revela como una profunda sanación. El autor, que descubre esta terapia en Corea del Sur, la trae a Francia, donde gozará de una acogida que al propio protagonista sorprende. Le hacen entonces una entrevista en la que le preguntan si cree que ese método es eficaz. Éric, que así se llama el entrevistado, responde: “Está más que demostrado. Produce un impacto muy fuerte encontrarte ante tu propia tumba, leer tu nombre en ella, ver tu foto. Imáginese eso solamente. Enseguida se pone uno a pensar: ¿Qué he hecho con mi vida? Muchos pacientes hablan de renacimiento. Para amar la

vida de un modo pleno hay que entender su otra casa: la muerte”.

Esta obra ofrece una reflexión también sobre las posibilidades que la pandemia trajo consigo. Sin duda, fue una experiencia terrible, pero que tuvo un gran potencial para revelarnos mucho sobre nosotros mismos y sobre las posibilidades de vivir de otra manera. “A Éric le parecía un periodo especialmente propicio. La pérdida de la libertad, la sensación de lo efímero, la angustia existencial; la experiencia de esas fragilidades empujaba al ser humano a redefinirse. Más que nunca, había que dar un sentido a la propia vida. En Estados Unidos estaban asistiendo a una gran dimisión. Millones de trabajadores abandonaban sus empleos. El hashtag #quitmyjob se había hecho viral. Happy Life contribuía a impulsar ese deseo de buscar algo más, esa necesidad visceral de vivir la vida en lugar de sufrirla”.

A veces da la impresión de que en la novela hay gato encerrado, que no puede ser todo tan sencillo y tan lineal como aparece en el argumento: se ve venir que, tarde o temprano, todo se irá a pique y que los protagonistas descubrirán que la vida no puede ser feliz, que tarde o temprano nos enfrentamos de nuevo a los viejos fantasmas, que estamos condenados a la insatisfacción de vivir... En definitiva, que la vida feliz no es más que una quimera;

pero me niego a revelar el final de la novela y evitar así la sorpresa que toda buena narración atesora y ofrece.

Algo que sí me ha llamado la atención es la ausencia absoluta de toda referencia a la fe, la religión, la existencia de Dios... Ni siquiera el término “espiritualidad”, tan en boga hoy en día, aparece en este libro. Me ha sorprendido, en un libro en el que se habla tanto de la muerte; pero lo cierto es que en este relato no hay metafísica, ni planteamientos que

revelen un mínimo de creencia en otra vida más allá de la muerte. Ni siquiera se contempla: ni se critica la fe religiosa ni se defiende: sencillamente, esta no aparece. Todo se plantea en la inmanencia de la vida y, ante ella, que la muerte tarde o temprano vaya a ser real y no solo una simulación, parece no tener ninguna importancia. Algo que no deja de sorprender.

Esteban de Vega